

CLAUDIO MAGRIS Y SU GEOGRAFÍA TRIESTINA

El abril pasado cumplió ochenta años, y ahora está de nuevo de actualidad con un libro de artículos en que se condensa su forma de observar el mundo, su poética, la importancia de su lugar de origen.

Toni Montesinos

Hubo una vida que estuvo marcada por un lector que descubrió el mérito de su literatura y le aportó la necesaria confianza para seguir escribiendo: nada menos que **James Joyce**. Hasta 1905, el año en que se conocieron en Trieste, donde el irlandés trabajaba como profesor de lengua inglesa, **Italo Svevo** había publicado dos novelas: *Una vita*, la historia de un joven pueblerino cuyo traslado a la ciudad acaba en suicidio, y *Senectud*, cuyo asunto central eran los celos y que en su momento iba a pasar con más pena que gloria. Sin embargo, la desilusión que Svevo sentía ante la indiferencia que provocaron sus escritos iniciales iba a cambiar radicalmente en esos años: en su ciudad natal no sólo tuvo el honor de ser el primer lector de *Dublineses*, sino

que, a partir de su mejor obra, *La conciencia de Zeno* (1923), el nombre de Svevo sería introducido en Francia e Italia como uno de los valores más innovadores de la prosa contemporánea.

En el 2018 **Maurizio Serra** publicó entre nosotros la biografía *La antívita de Italo Svevo* (Fórcola), ocasión para sumergirse en la capital del Adriático, una «ciudad multiétnica» y «multirreligiosa», y en el ambiente burgués y de raíces judías que vivió Svevo, en sus inicios como reseñista teatral y en medio de una vida tan agradable como gris, cuando a los treinta años es un oficinista discreto que tenía una considerable vida social, en un entorno de extremos y contrastes. Como dice **Fernando Castillo** en su artículo «Lisboa, Tángier, Trieste y otras ciudades literarias» que incluyó en su libro *Atlas personal* (Renacimiento, 2019), «en Trieste se reúne la nostalgia imperial por los Habsburgo con el irredentismo italiano, lo piemontés y lo veneciano, lo eslavo con lo germano, lo latino con lo bizantino, lo judío y local



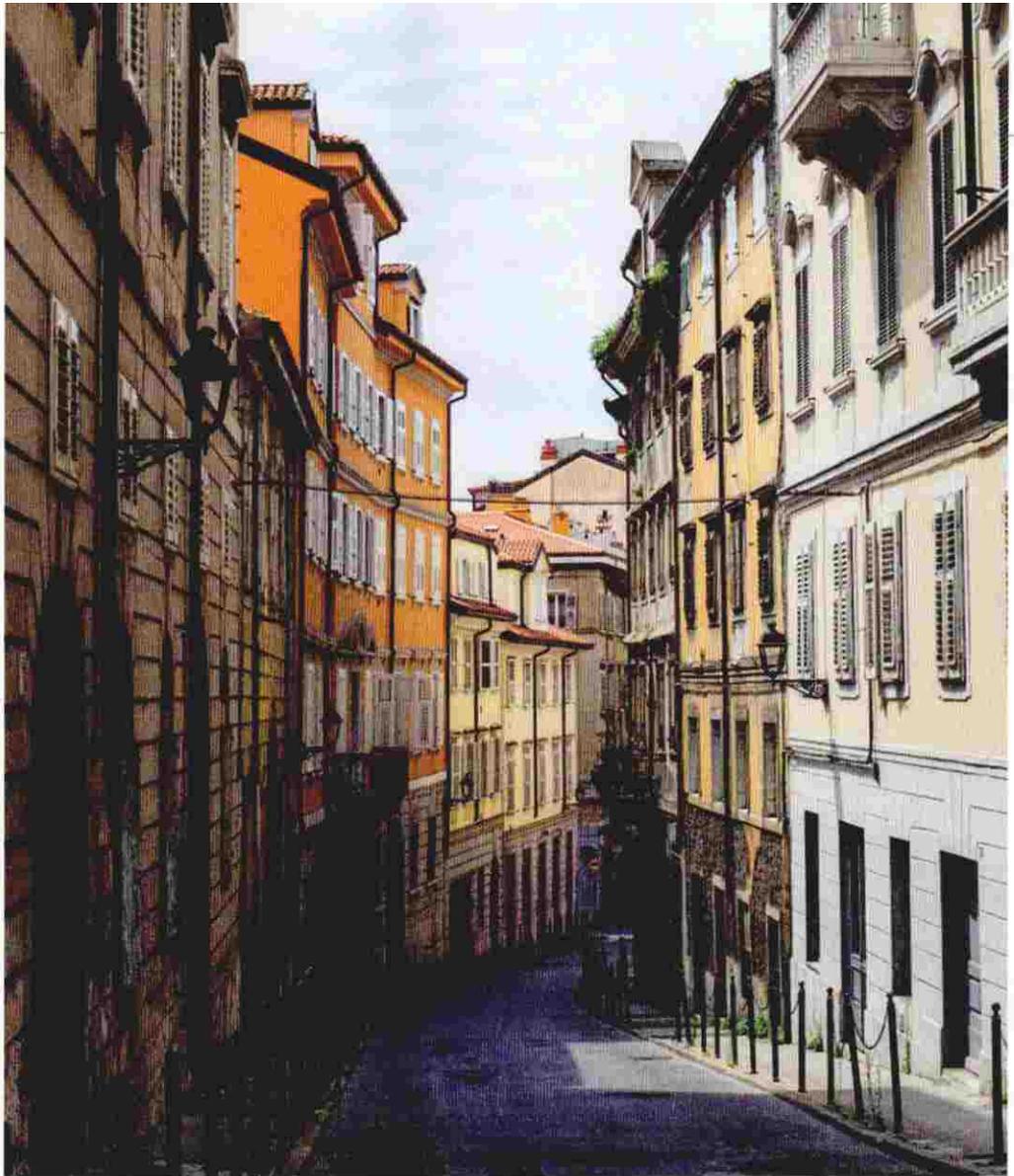
con lo cosmopolita, por otra parte común a todas las ciudades. No es de extrañar que el ambiente cultural de esta urbe ahora italiana esté determinado por la diversidad y la intensidad, como demuestra la nómina de triestinos ilustres en las artes y las letras, y de visitantes célebres que han vivido en la ciudad adriática».

Es la Trieste crisol de diversas culturas y lenguas que recibió la atención del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, el cual, después de organizar unas exposiciones que aunaban ciudades con escritores el Dublín de Joyce, la Lisboa de Pessoa, la Praga de Kafka, la Buenos Aires de Borges, preparó en el 2011 otra dedicada a un intelectual contemporáneo estrechamente ligado a Trieste: **Claudio Magris**. La muestra abarcaba, por supuesto, la Trieste que habían pisado Svevo y Joyce, pero también la que recorrió Rilke y la que se comunica a diario por medio de tres

lenguas (italiano, alemán y esloveno), y en ella el visitante podía percibir el viento de la ciudad, la llamada *bora*, y la brisa del mar Adriático, conocer las canciones tradiciones triestinas, contemplar el popular Caffè San Marco u hojear libros entrando, por así decirlo, en la antigua Librería Antiquaria.

LA TRIESTE DEL VAGABUNDAJE

Aquella Trieste tan presente en la obra del autor de obras como *La exposición* sobre el pintor triestino **Vito Timmel**, que murió en un manicomio tendría a la vez, mediante una traducción en el año 2017, un espléndido homenaje en forma de libro, *Trieste o el sentido de ninguna parte* (Gallo Nero), de **Jan Morris**, que decía: «Desde la primera vez que la visité siendo un joven soldado al término de la Segunda Guerra Mundial, esta ciudad, extrañamente, me ha perseguido». De tal modo



«Este tipo de miniaturas reflexivas, a veces con calado literario, otras comentando asuntos aparentemente banales —qué pareja llevar a un congreso, por ejemplo— muestran la pluma afilada de Magris, su ojo clínico para desenmascarar»

que la autora (en un momento dado se cambió de sexo) captaba esta localidad que muestra «una personalidad difusa desde un punto de vista étnico y una historia confusa»; incluso advertía que la mayoría de italianos no sabe que está en su propio país, pues se halla a la vera de Eslovenia y Croacia.

El Adriático azul y silencioso, su historia desde inicios del siglo XVIII, sus monumentos y calles, la bonhomía de su gente..., todo lo emparentaba Morris con esa sensación de estar en Trieste y a

la vez en ninguna parte, lo cual otros escritores también han abordado por la sensación que, dicen, sucede cuando uno ha regresado de ella: «una vaga sensación de misterio», como si no se hubiera entendido dónde uno ha estado realmente. Para Morris, se trata de un enclave perfecto para vagabundear; seguíamos, pues, sus pasos, y nos enseñaba su pasado imperial austrohúngaro, hasta que los italianos toman su control en 1919, y en medio de enigmas e incertidumbres placenteros expuestos con mano maestra en torno a la Piazza Unità, pisábamos la joya de la ciudad, la plaza más grande de toda Italia, que tan bien conoce Magris, nacido en la ciudad en 1939.

El autor de *El Danubio* y catedrático de literatura germánica en la Universidad de Trieste siempre acaba volviendo aquí, como en una de sus últimas obras, *No ha lugar a proceder* (Anagrama, 2016), en la que recurría a la historia para una fabulación en busca de que lo ficticio completase lo real. Por ese motivo, elegía como inicio un

anuncio verdadero «Submarinos usados: compro y vendo» aparecido en un periódico de 1963. El escritor dijo inspirarse en un profesor al que admiró y que se consagró en reunir «material bélico de todo tipo para construir un original, desbordante Museo de la Guerra que sirviera, a través de la exposición de tantos instrumentos de muerte, a la paz». Ciertamente, la idea de partida era lo que inspiraba este personaje y el de Luisa, la mujer hija de una judía deportada encargada de proyectar el museo, en una novela compuesta de una estructura fragmentaria muy marcada, pues esta servía para enfatizar cada sala como historias independientes que transitaban algunos de los años más difíciles en Europa.

De esta forma, la Trieste más trágica, la del único campo de exterminio nazi que hubo en Italia, o la del último aniversario que celebró **Hitler**, justamente en el precioso castillo de Miramare, iba surgiendo con la idea latente de que «la Historia es un costra de sangre, desprenderla es ya imposible, pero tal vez bajo esa excrecencia haya todavía vida». Palabras correspondientes al episodio relativo a la muerte del desalmado **Reinhard Heydrich** uno de los impulsores de la «Solución final» en Praga, a cargo de la Resistencia checa, y que podrían servir de metáfora para el propósito de Magris. Luisa ejercía de hilo conductor y conocíamos así el contenido del museo con todo detalle, mediante referencias históricas enmarcadas en recreaciones imaginativas sobre asuntos peliagudos de nuestro pasado (la esclavitud, las atrocidades sufridas por la población polaca o la crueldad de ciertos conquistadores en América).

OBSERVADOR CLÍNICO

En el año que conocíamos aquí *No ha lugar a proceder*, en Milán, Magris publicaba una colección de casi una cincuentena de textos, *Instantanee*, en que Trieste aparecía citada de continuo y que ahora tenemos al alcance en castellano. «En el Jardín público de Trieste...», empieza diciendo el libro, con la excusa de haber observado en 1999, «a los pies de una estatua que representa a una Italia semidesnuda con un águila bicéfala en el hombro –símbolo de la Austria de los Habsburgo abatida en la Primera Guerra Mundial y transformada en una especie de exquisita pieza de caza para la cazuela– hay una paloma muerta». Ese grado de contemplación de la vida, en su suelo y en su aire, en su historia y cultura, se desenvuelve a lo largo de todos estos artículos. Pone oído en

«El libro es igualmente una bitácora de sus viajes, por su país o por el extranjero, caso del pasaje en que cuenta cómo, el 3 de octubre de 1990, asistió a la fiesta de la reunificación de Alemania, tras la caída del Muro»

una taberna, donde se habla de la guerra en Serbia y se cita un local situado a los pies de la colina de San Justo, en Trieste. O se fija en una pintada, en la vía Bramante, «casi enfrente de la casa donde vivía Joyce», que recomienda: «¡OLVIDA LOS COLORES!», llevándolo a evocar el momento en que uno vuelve del mar y de las islas del golfo de Carnaro, «donde el pleno verano enciende y difumina todos los tonos de la gloria y la nostalgia, la miel y el oro de la luz, el añil y el turquesa del agua, el carnoso rosa y rojo de las adelfas, el negro de la noche tan negro que parece azul. ¿Por qué olvidar en lugar de retener estos colores sin edad, que durante un instante hacen que uno se sienta inmortal?».

Este tipo de miniaturas reflexivas, a veces con calado literario, otras comentando asuntos aparentemente banales –qué pareja llevar a un congreso, por ejemplo– muestran la pluma afilada de Magris, su ojo clínico para desenmascarar, cuando hace referencia a la Galería Leo Castelli de Nueva York, las imposturas del arte de vanguardia, o para burlarse por la forma en que Thomas Mann se enteró del inicio de la Segunda Guerra Mundial: se dudó en informarle «para no perturbar las “horas sagradas” en las que él se dedicaba a su creación literaria. Es difícil imaginar una ofensa a la humanidad tan bárbara y ridícula como aquella respetuosa discusión sobre llamar o no a la puerta del gran escritor, si interrumpir o no aquellas “horas sagradas”, mientras se está iniciando una de las más espantosas tragedias de la historia». O como cuando escribe sarcásticamente de la burocracia universitaria o de las reuniones de la Academia de las que es testigo.

Asimismo, también surge el plano más personal del autor, como cuando dice haber regresado, tras veinte años, «al pueblecito de aquellos bosques cuyo destino durante siglos ha sido marcar precarios y tozudos límites entre imperios, repúblicas o reinos que la historia ha arrastrado sin borrar los surcos que los han dividido». Porque el libro es igualmente una bitácora de sus viajes,

Piezas

por su país o por el extranjero, caso del pasaje en que cuenta cómo, el 3 de octubre de 1990, asistió a la fiesta de la reunificación de Alemania, tras la caída del Muro.

FOTOGRAFIAR LA REALIDAD

Son todas ellas, ciertamente, piezas de escritor que son fogonazos, flashes, ante algo que de repente se advierte y el instinto reclama llevar a la escritura: son instantáneas. Y así anota el propio

«Afirmaba el preso que entre rejas no poseía nada, sólo su existencia y unas cuartillas que no enseñaba a nadie. Una ocasión inmejorable para que Magris medite acerca de nuestra sociedad actual, tan dada al striptease emocional, al exhibicionismo vacuo, a los selfies del corazón»

Magris tal término al hacer alusión a los asuntos que aborda. En alguna página, la excusa para *fotografiar* la realidad es el hallazgo de una «fotocopia de un periódico» en que se informa de que en Inglaterra se concederán ayudas familiares a los ciudadanos musulmanes no solo por una esposa sino también por las otras que el Corán permite a sus fieles. En otra ocasión, se recrea cómo, en el templo Vishwanath de Benarés, dedicado a Shiva, se celebra una gran ceremonia religiosa, con la gente caminando con los pies desnudos «por calles estrechas vigiladas por soldados que me pararán, porque le está prohibido a quien no es hindú entrar en el templo, pero, tras una vaga declaración de disponibilidad a una posible conversión, me permiten pasar».

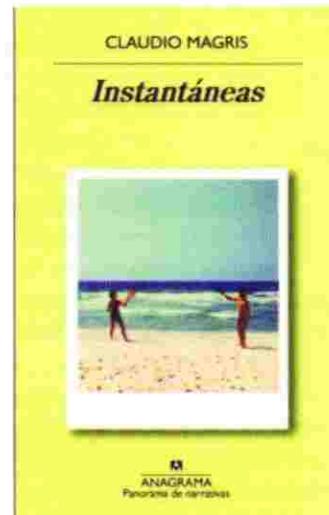
En cualquier caso, el libro nos va devolviendo al lugar de origen del gran escritor, como cuando dice que el consejero municipal triestino de Obras Públicas ha estigmatizado, «con la aprobación de muchos conciudadanos, la costumbre



—cada vez más extendida en mi ciudad— de hacer pis en la calle, la moda que induce a “los jóvenes maleducados de buena familia a ir a hacerlo en las paredes, en los portales y en los vehículos aparcados”»: consecuencia esto «no tanto de la progresiva desaparición de los vespasianos, los viejos y gloriosos urinarios arrastrados por las reestructuraciones y las obras públicas, como por otros factores diversos: el creciente consumo de cerveza...». O como cuando describe la playa de Barcola, «que bordea la carretera principal de acceso a la ciudad, donde el mar ensanguida cubre, tamariscos espumosos como olas en la orilla, un horizonte marino vasto y abierto, que en la infancia daba el sentido de la inmensidad oceánica, en una educación sentimental en la que se aprendía de una vez por todas la relación entre el eros y el mar». Algo que le lleva a decir que Trieste «no es solo un cruce de caminos entre Este y Oeste, como dice su leyenda, sino también entre Norte y Sur, entre la melancolía

escandinava de ciertos atardeceres de invierno y la vitalidad meridional del verano. Al fondo del golfo, donde las aguas italianas se vuelven eslovenas y después croatas, se ven la catedral de Pirano, la multiseccular huella del león de San Marcos en Istria y, más adelante, Punta Salvore, con su faro y sus pinos al viento».

Incluso, en un artículo del año 2012, tal vez el mejor de todo el libro, explica una visita que hizo a las cárceles del Coroneo, en Trieste, donde discutió con los detenidos sobre cómo nace un libro y lo que lo motiva, o la relación entre el autor y el lector. Y entonces un detenido, que cumple una pena por homicidio, le sorprende diciendo que también él escribe, pero que lo hace por razones opuestas a los que publican sus cosas, esto es, «para tener algo que sea nuestro, solo nuestro, fuera del control que obliga a someter cada trozo de nuestra vida y de nuestra realidad a los rayos X». Afirmaba el preso que entre rejas no poseía nada, sólo su existencia y unas cuartillas que no enseñaba a nadie. Una ocasión inmejorable para que Magris medite acerca de nuestra sociedad actual, tan dada al striptease emocional, al exhibicionismo vacío, a los selfies del corazón, que, como decía Flaubert, también tiene sus letrinas, que no hay por qué enseñar ni compartir con miles de desconocidos. ■



INSTANTÁNEAS
Claudio Magris
Anagrama, traducción de
Pilar González Rodríguez, 160
pp., 17,90 €